

En el Día de los Trabajadores

El Uno de Mayo ha sido declarado, hace ya más de un siglo, el "Día de los Trabajadores"; su significado no ha cambiado mucho sin embargo, permaneciendo como un alerta ante la desconsideración que actualmente afecta a gran parte de la población. Como homenaje no tiene en verdad justificación, sino como advertencia y alarma, ante una situación de desconsiderada injusticia que increíblemente se perpetra ante lo que contradice la equivalencia que supone todo sentimiento básico de hermanadad.

Trabajadores, salvo alguna dolencia o enfermedad física o mental que no puede eliminarse o atenuarse con los correspondientes tratamientos, todos los seres humanos, deben serlo de algún modo, de acuerdo a un principio moral que no admite incumplimiento como expresión de la solidaridad y mutua comprensión de nuestras obligaciones básicas como miembros de la sociedad. Y es una tendencia

depredatoria la que se comete comúnmente. Todos debemos trabajar de algún modo, norma que existe totalmente dentro de principios morales elementales, de mutua consideración y solidario respeto, que es cualidad humana fundamental.

En nuestra insegura realidad social se trabaja en gran parte para desarrollar predisposiciones propias. Muchas veces el beneficio personal es escaso, no manteniendo en la medida necesaria la consideración mutua, sin la cual es fácil que se produzcan relaciones perjudiciales al adoptarse conductas que de algún modo perjudican al prójimo, y a veces a uno mismo. En ese sentido, tendríamos que tomar lecciones de muchos animales elementales. Vemos así como trabajan las hormigas y tantos otros, que muy raramente se equivocan.

En ellos, donde manda el capitán (que de algún modo tiene que existir) se manifiesta en to-



dos inalterable comunidad esencial ante posibles causas de distorsión. Comparten todos una vivencia unitaria.

En cambio los humanos se ven a veces asediados por situaciones conflictuales, o accidentales, sin que atinemos como los animales a atender al prójimo tanto como atendemos a nuestra propia persona. No se vive así en una comunión comprensiva, ni se convive como lo hacen las hormigas, los horneros y tantos, con invariable naturalidad,

viviendo así un muy aprovechable trabajo social, de acuerdo a inclinaciones primordiales, donde las circunstancias no son sino variaciones que no alternan una coparticipación fundamental como expresión de inmovible unidad.

La distribución de tareas que se evidencia actualmente en la sociedad, dificulta ciertamente una participación equivalente de todos los ciudadanos. Hay, inevitable-

mente, conductores y organizadores que se relacionan, forzadamente, muy desigualmente con sus subordinados. En cada sector los contactos, influencias y relaciones son de mucha variedad. La igualdad que se presume en toda democracia, es de ese modo imposible. Y quien prevalece debe controlar muy irregularmente el comportamiento con cada uno de sus subordinados. Y ninguna manera de disponer componentes y conductores puede conducir a una coparticipación

igualitaria. Puede esforzarse en general una educación y aleccionamiento que contribuya a esa necesaria equivalencia de conductas y comportamientos. El problema es complejo, siendo muy difícil de armonizar diferencias a veces pronunciadas. El hombre acumula y amplía sus conocimientos del Universo, sin que pueda llegar a saber alguna conclusión definitiva. En cambio las plantas y los animales resuelven todas sus dificultades, sin estudiar problemas superiores. De ahí un diálogo que se estableció relativo a esas situaciones, en procura de conocimientos de la totalidad a que pertenecemos: admitido que mientras el hombre puede plantearse preguntas, mientras animales y plantas pueden solamente lograr contestaciones, se produjo el diálogo siguiente:

- ¿Puede llegarse así a una respuesta final?
- Esa debe ser la pregunta final...